

decimos, fue la época de prueba para los corazones sin tacha y sin miedo, como el del Caballero Bayardo. La teocracia tembló de terror ante la imágen esplendente de la Libertad, y quería, á todo trance, ahogar entre sus potentes brazos el parto de la Democracia: la Constitución de Febrero.

En aquellos momentos en que las excomuniones se repartían con la prodigalidad de lo que nada cuesta, era preciso encontrar hombres resueltos. Romero Rubio fue nombrado Secretario del Gobierno del Distrito, siendo Gobernador el General Alcérreca.

Comenzó á sentirse en los círculos políticos la influencia del partido absolutista. Los jefes de él lograron de Comonfort que faltase á sus juramentos. El clero aplaudía esta defección y alentaba á sus enemigos, para gozar con la derrota de éste. Se habló á los guardias nacionales y á algunos militares. Llegó á oídos de Romero Rubio lo que se proyectaba, y éste fue á participar al Sr. Juárez lo que pasaba. Juárez desconfió de lo que le decía el joven abogado. Este no se desalentó. Manifestó á Juárez el plan preparado que tenían Comonfort y sus secuaces. Juárez creía en la palabra del Presidente, y se resolvió á permanecer fiel, pues ni como Secretario de Justicia ni como vicepresidente de la República, debía ponerse frente á Comonfort, hasta que éste no confirmara su defección. Romero Rubio tuvo una larga conferen-

cia con Juárez, para convencerlo de que debía salvar la legalidad, asumiendo el poder Constitucional. Para esto le decía, que saldrían de la Capital, acompañados de algunos guardias nacionales. Pero todo en vano. Juárez creyó servir á la Patria siendo fiel al Gobierno.

Al día siguiente se presentó Romero Rubio en el Gobierno del Distrito, y encontró al Gobernador, quien le participó que, de acuerdo con Comonfort, había de adherirse al plan de Tacubaya, y que Juárez estaba preso. Romero Rubio, intransigente con los fanáticos, rehusó las promesas de Alcérreca y renunció el cargo de Secretario.

V.

Vamos ahora á trazar la época de la vida azarosa de Romero Rubio.

Comonfort huyó, pues sus mismos partidarios lo traicionaron. El 22 de Enero de 1858, Zuloaga fue electo presidente por sus amigos, y la tiranía más cruel se estableció en el país. Juárez, puesto en libertad el 11 de Enero de 1858, marchó para Veracruz con el Gobierno Constitucional.

Frente á frente. La teocracia de nuevo en el poder. El Palacio Nacional parece que es el trono desde donde se domina toda la República. Los re-

volucionarios que ocupaban el antiguo Palacio de los Vireyes, eran los dueños del país. Zuloaga estaba en el Palacio Nacional y Juárez en Veracruz: el primero era el fuerte.

Pero quedaban en México grupos de liberales para luchar. Romero Rubio procuró reunirlos, y comenzó la lucha contra la tiranía. El, como todo pensador, sabía que para vencer no hay arma más poderosa que la inteligencia. Cuando el esbirro y el asesino persiguen al pensador, es preciso establecer la prensa clandestina y llevarla por todas partes, para que el pensamiento, que es inmortal, triunfe en la eternidad, y el tirano lleve siempre la maldición sobre su frente. Esa prensa clandestina comenzó á minar el poder clerical. Romero Rubio se puso en comunicación con los hombres de Veracruz, y lo que al principio era una pequeña agrupación, después se transformó en la Defensa Nacional.

La gigantesca lucha de Reforma se inició en las costas ardientes del Golfo de México y en los calabozos de Santiago Tlaltelolco. Romero Rubio, Berriozábal, Chavarría, Quijano, García Torres y otros, fueron encerrados en la prisión de Santiago, durante ocho meses. Allí, como en todos los lugares de la adversidad, crecen el odio y el deseo de la venganza. Los liberales presos trabajaron sin descanso, para sembrar la discordia entre los reaccionarios, con el fin de destruir el poder de éstos.

Un jefe del partido moderado, Robles Pezuela, se pronunció contra la reacción, y queriendo conciliar los partidos, para vencerlos, puso en libertad á los presos políticos que se hallaban entonces en la Acordada. El primero que obtuvo su libertad, fue Romero Rubio, pues Robles quiso conferenciar con él. El llevó á sus compañeros la libertad.

El plan de Navidad no fue aceptado por los liberales que querían con Juárez el restablecimiento de la Constitución de 1857. Así fue que abandonaron la capital. Robles Pezuela fue depuesto por Miramón, y el clero se creyó omnipotente.

Convencido Romero Rubio que era imposible en aquellos momentos luchar en el campo de la idea, cambió la pluma por la espada. Ahí le tenéis guerrero con el mismo entusiasmo que en el club y en el periódico. Va á la lucha con la esperanza del triunfo. Junto á la capital se halla en aquellos momentos un ejército sitiador. Lo manda un jefe de una alma tan pura como la de un niño; pero de valor tan indomable como el de un león: es Santos Degollado. Allí fue Romero Rubio. El toque del clarín marcial suena en su corazón como el himno de amor á la Libertad. ¡A luchar! Y el antes abogado y político, es ahora soldado, Por la Tlaxpana se ven columnas de humo. El ruido de las descargas de fusilería responde á las excomunionen de los fanáticos. El liberal pelea con el pa-

triotismo sublime del hombre. El absolutista lucha como la hiena herida, pero que hunde su colmillo en el vencedor, para envenenarle. Véis aquellos ejércitos que marchan al suroeste de la capital? Allá corren á luchar. Van á la defensa de la Patria. Allí está Márquez olfateando sangre humana, para beberla en su gorra montada de general reaccionario. Degollado ataca á Márquez. La superioridad numérica vence al ejército liberal, y para coronar su triunfo, escribe con sangre de víctimas el 11 de Abril de 1859. El joven Romero Rubio ha asistido á la batalla para pelear, y ve cadalsos infames levantarse á su vista. Entonces reconoce que la guerra del reaccionario es la guerra injusta, salvaje, que aniquila.

La división Degollado llevaba aún en sus arreos el polvo del combate glorioso. Pero aquellos restos de un pequeño ejército podían utilizarse de otra suerte. Romero Rubio, á quien Degollado conoció su mérito, es enviado por éste á las Huastecas. No conocéis ni habéis oído hablar de esas serranías que se dilatan entre los Estados de San Luis Potosí, Hidalgo, Puebla y Veracruz? Bosques vírgenes, arroyos cristalinos, sol de fuego, saltos majestuosos, florestales como mosaicos de mil luces, pebeteros que jamás mueren, derramando la grata esencia del liquidámbar, peñas abruptas que rompe la caída con sus hebras de cristal, pinos que coronan la cumbre, caobas y álamos que

bordan la margen del río. Aquello es la naturaleza virgen, donde el hombre apenas ha penetrado. Se oye el alarido del ciervo herido, el canto del turpial, la nota quejumbrosa del colorín. Las Huastecas es una región encantadora, propia para hablarle al hombre de Dios y de la Patria. Allí fue Romero Rubio. Su imaginación aún no la caldeaba el fuego de la gloria. Pero el noble guerrero vió destacarse ante él esa intrincada serranía, cuyos montes, desafiando el rayo y la tempestad, le enseñaron á tener alma de hierro y corazón mexicano. Por eso le veréis resuelto, llevando como ensueño de su vida, la felicidad de su patria.

Llegó á San Luis Potosí, y allí concilió al general Zuazua con el gobernador interino. Luego marchó para Tamaulipas. En su camino encontró á Zaragoza y le habló de la patria, logrando que este inmortal guerrero marchase á unirse con Degollado. Después se encontró con Juan José de la Garza y fue nombrado segundo en jefe de la división. Con Degollado ya había sido oficial del Estado Mayor. Asistió á las acciones de Peotillos y la Corcovada, y de allí marchó la división á unirse con la de González Ortega; juntas atacaron á San Luis y Zacatecas.

VI

Las armas reaccionarias contaban ya solo derrotas. La voz de la conciencia se había dejado oír. El pueblo entero pedía la Reforma.

Los jefes liberales, diseminados en la República, nombraron á Romero Rubio para que convenciera á Juárez. Este aún no se atrevía á destruir por completo al enemigo.

Romero Rubio aceptó su misión. Llegó á Veracruz, presentó sus credenciales y habló en nombre de la patria y de la humanidad. Juárez, apoyado por su ministerio, se resolvió á decretar las Leyes de Reforma, en Junio de 1859. El partido absolutista se hundió para siempre: se le había desarmado por completo. Se le quitaba el dinero que le daba vida. La causa del progreso había triunfado. Los millones acaparados vinieron á poder del pueblo. Era imposible el triunfo del despotismo. El débil se queda atrás. El liberal era el fuerte. El triunfo no era dudoso. La República victoriosa fue saludada en los campos de Calpulalpam, el 21 de Diciembre de 1861. Romero Rubio, terminada su misión, volvió á Tamaulipas para seguir luchando contra los restos enemigos. Se apoderó de todas las Huastecas, y en unión de Manuel Fernando

Soto, tomó la plaza de Pachuca. De esta ciudad siguió rumbo á México, para atacar á Miramón; pero sabedor de que éste tomaba otra dirección, llegó á Calpulalpam en los momentos en que González Ortega alcanzaba el triunfo definitivo sobre el partido reaccionario.

Después de esta victoria, el enemigo se estremeció de miedo, abandonó á sus defensores, y México fue ocupado por los liberales.

Romero Rubio y Manuel Z. Gómez fueron nombrados por González Ortega para organizar el Gobierno del Distrito, el Ayuntamiento y la Aduana que había sido robada por los reaccionarios.

La sociedad aprobó estos nombramientos. En Romero Rubio encontraba una prenda de seguridad para sus vidas y sus intereses. Nadie puede negar que la reorganización dada por los liberales á la Nación, fué un modelo de orden y honradez administrativa. Tan luego como Romero Rubio creyó triunfante la causa que defendía, se separó de la política y no quiso aceptar ninguno de los muchos empleos con que el gobierno deseaba premiar sus servicios á la patria. Romero Rubio se retiró á la vida privada, buscando esa independencia personal que da el trabajo, y que él aconseja mucho á sus amigos.

Zola contestó un día una carta cariñosa de uno de sus admiradores, diciéndole que la dicha completa existe en el hogar. Ese egoísmo aparente de

los grandes hombres, es un velo de modestia con que quieren ocultar sus triunfos.

El ruido del mundo es duro como el que produce el estallido de una metralla: ensordece, pero quién sabe qué tiene que fascina.

La fama grita con voz estentórea y estremece. Oír nuestro nombre por doquiera, es como un consuelo. La humanidad se goza en destruir. La guerra es la vida de la humanidad, y aquel á quien no puede destruir, le canta para narcotizarle con sus ritmos y vencerle. Atleta formidable es aquel que piensa en ser útil á la humanidad, desoyendo sus lisonjas. Ese tendrá la propia satisfacción.

VII

“El patriotismo sin lucha no es patriotismo.”

Romero Rubio quería vivir lejos de la política. Pero entonces no había política. Se trataba de la salvación de la patria. Era preciso volver al campo de la lucha. El bufete del abogado no era el lugar del valiente soldado de la Reforma. En medio de sentencias y legajos no ayudaba con su esfuerzo á destruir la anarquía.

Fue al Congreso en su calidad de diputado, y allí encontró la salvaje liga de los enemigos humillados.

Hombres desgraciados que fueron á vender su

patria al extranjero, habían logrado desarrollar la ambición de tres potencias europeas. Francia, la primera, regida por un déspota, aceptó la virgen que se le ofrecía; Inglaterra y España pensaron en cobrar deudas y réditos discutibles. La escuadra española ancló frente á Veracruz. Las tropas inglesas se hallaban ya en el Golfo de México, y los soldados de Napoleón III, cubiertos de gloria en los campos de Italia, venían á esclavizar nuestra patria.

Hubo en México un Talleyrand que tenía las virtudes y el talento de éste, sin poseer sus maldades. Tal fue D. Manuel Doblado. La liga tripartita quedó destruida. Inglaterra y España reconocieron su error y volvieron por los fueros de la justicia.

Solo Francia gritó: “guerra.”

Soñando ¡oh patria! en vencerte.

Como dijo el inmortal poeta coahuilense.

Pero su gloria se opacó en Puebla.

El gobierno republicano aceptó la lucha desigual. Ante un ejército aguerrido, valiente y disciplinado, envió una legión de patriotas y México se cubrió de gloria en los campos de batalla.

Después de la toma de Puebla por el ejército francés, habiendo muerto envenenado por los enemigos el Gral. Zaragoza, México estaba ya casi en poder del invasor.

El Gral. D. Juan José de la Garza comenzó á

fortificar la ciudad, y á Romero Rubio se le encargó la organización de la plaza. Pero convencido el gobierno de su impotencia para luchar en aquellos momentos contra un enemigo superior, y comprendiendo que la lucha sería vana, abandonó la capital, dirigiéndose primero á San Luís Potosí y después á Chihuahua y Paso del Norte.

Su objeto fue organizar la defensa de la patria.

Romero Rubio partió con el gobierno en calidad de Secretario y Jefe de Estado Mayor del general Garza. Pero en San Luís Potosí se volvió para México con el fin de arreglar varios negocios.

Al llegar á México, fue aprehendido inmediatamente y desterrado al extranjero. Viajó por Europa en unión de su familia; pero no pudo permanecer indiferente á las desgracias de su patria. Volvió á ella, dirigiéndose al puerto de Tampico.

En dicho puerto, donde contaba con numerosos amigos, terminó las diferencias que existían entre los jefes liberales y que se presentaban como un peligro para la República. Aseguró al comercio y á la población toda clase de garantías y organizó el modo de sostener las tropas liberales. Pero no solo este servicio importantísimo consiguió con su espíritu conciliador. De las percepciones de dinero que el vecindario dió, pudo reunir cincuenta mil pesos que envió al Sr. Juárez. Durante la época de la Intervención, Romero Rubio no descansó un momento, trabajando por la libertad de su patria,

VIII

Los franceses derrotados en los campos de batalla, y el César de las Tullerías obligado por el gabinete de la Casa Blanca á retirar sus ejércitos, dejaron á un príncipe iluso á esperar su triunfo en el Cerro de las Campanas.

El 21 de Junio de 1867, Porfirio Díaz ocupaba á México, y el vencedor de Puebla y la Carbonera acababa de dar al Imperio el último golpe.

Vuelto el Sr. Juárez á la capital, convocó á elecciones de los tres poderes. Mucho se criticó la convocatoria expedida por Juárez, porque ella daba voto pasivo al clero y con ella volvería el enemigo de la civilización á entronizarse en el país. El 4º Congreso constitucional no admitió en su seno sino á los hombres inmaculados, á aquellos que no habían traicionado á su patria. Romero Rubio fue electo diputado, y en el Congreso fue su personalidad una de las más respetables.

Después del triunfo, las ambiciones se despertaron. Juárez fue torpemente insultado. Volvió á surgir en el seno del partido liberal la desunión. Se formaron entonces tres partidos: el Juarista ó de amigos del Gobierno, el Lerdistista y el Porfirista. El clero azuzaba los ánimos. Para vencer, hay

que desunir, puesto que la unión da la fuerza. Pero á pesar de las luchas intestinas, Juárez no fué vencido. Solo la muerte pudo arrebatarle el poder que el pueblo le confiara gustoso.

Electo presidente de la Corte de Justicia el Sr. Lerdo, y como tal vice-presidente de la República, el partido Lerdista á cuya cabeza figuraba Romero Rubio, pensó entrar á la lucha electoral, pero fué vencido, así como el Porfirista.

La muerte del Benemérito trajo al poder al Sr. Lerdo.

Los Porfiristas depusieron las armas. Lerdo no oyó la razón que se le aconsejaba. Siguió una política inverosímil. El país, que comprendió la triste situación á que caminaba, mostró su descontento; pero Lerdo no le hizo caso.

Sin embargo, el país entero se preparó para la lucha. Quería progresar y se le estacionaba. Las evoluciones se verifican cuando después de acumulados varios fenómenos sociológicos, se quiere detener el efecto de los antecedentes establecidos. Para destruir es necesaria la guerra. No se destruye con la esperanza ni con la promesa. El pueblo mexicano apeló á las armas. La revolución de Tuxtepec despertó á Lerdo de su letargo. Ni la satisfacción de sus ministros, ni la propia convicción de sus elementos de defensa le sirvieron para defenderle de su inevitable caída. Romero Rubio habló siempre al Sr. Lerdo como amigo cariñoso,

aconsejándole que cambiara de política. Todo fué en vano: Lerdo seguía firme en su conducta. A sus amigos ni les premió sus servicios, ni quiso oírles sus consejos. Se decidió á luchar en campo desigual. El tenía un ejército aguerrido y disciplinado, pero la Nación no lo quería en el poder.

Si Lerdo hubiese imitado á Pope, que decía: "Nunca debe avergonzarse el hombre de confesar su culpa; porque al hacer esta confesión prueba que es más sabio hoy que ayer," hubiera evitado su reelección y el derramamiento de sangre mexicana. Pero empeñóse en ser reelecto por amor propio, y sucumbió víctima de su capricho.

A última hora llamó á sus amigos al Ministerio. Romero Rubio fué nombrado jefe del gabinete y Ministro de Relaciones.

En el Senado había defendido al gobierno del Sr. Lerdo en unión de Ramón Guzman; porque la fidelidad es el distintivo del Sr. Romero Rubio. Pero no era ese el campo de la lucha. En el seno de la Cámara de Diputados era donde se agitaban los ánimos. Iglesias, presidente de la Corte, anhelaba ser presidente de la República y para lograrlo, se unió á los tuxtepecanos, aunque de una manera secreta.

Para qué es repetir aquí la historia de la revolución de Tuxtepec que casi toda la generación actual conoce perfectamente. El 16 de Noviembre de 1876 la batalla de Tecuac trajo al Gral. Díaz al

poder, y el Sr. Lerdo y sus Ministros dejaron la capital, tomando el rumbo de Michoacán. En Sihuatanejo (Estado de Guerrero) se embarcó para Acapulco en donde tomó el vapor americano que le condujo á Panamá y de allí á Nueva York, en unión de los Sres. Romero Rubio, Juan José Baz y Escobedo.

IX

Romero Rubio viajó por los Estados Unidos, visitando las principales ciudades de aquel país. Calmados los ánimos, volvió á su patria y organizó un círculo político que fundó un diario para hacer la oposición al gobierno establecido. Pero comprendiendo que el Gral. Díaz cumplía con la misión que se había impuesto, Romero Rubio abandonó aquel campo estéril de la oposición, para secundar los esfuerzos del valiente patricio, aclamado del pueblo.

Gambetta, el gran repúblico francés, decía:

“La oposición, bajo un gobierno republicano, debe instar y criticar, no destruir. La época heroica, caballeresca de un partido, pasa después de la realización de una parte de sus esperanzas.”

El partido liberal al cual siempre ha pertenecido Romero Rubio, halló en el gobierno del General Díaz, realizadas sus aspiraciones. No había, pues, razón para combatirlo.

Romero Rubio fué electo senador por Tabasco y el gobierno lo nombró interventor del Banco Nacional. Sin embargo, siguió dedicado á los negocios de su profesión de abogado.

Vuelto á la presidencia de la República el Gral. Díaz, lo nombró en 1º de Diciembre de 1884, Secretario de Estado y del Despacho de Gobernación, en cuyo puesto se encuentra actualmente con general aprobación de todas las clases sociales.

Muchas y trascendentales mejoras se registran en el periodo administrativo en que ha desempeñado la Secretaría de Gobernación.

Desde luego señalaremos las reformas hechas al servicio postal, que tantos beneficios han traído al comercio y á todas las clases de la sociedad. Se ha aumentado el número de las oficinas de correos, se ha violentado el transporte de la correspondencia, y se estudia la manera de combinar los intereses del público con los del erario, para rebajar el porte. En estas mejoras ha tomado gran parte el Sr. Gochicoa, Administrador General de Correos, así como el Sr. Nava, Administrador local.

En el ramo de Beneficencia ha procurado el Sr. Romero Rubio dotar convenientemente la Escuela Industrial de Huérfanos, la de Ciegos, la de Artes y Oficios para Mujeres y la Correccional, introduciendo en ellas los preceptos de la pedagogía moderna, y procurando que los alimentos que se dan á los educandos sean buenos y nutritivos. Igualmen-